

UN DÍA DE PERROS

Decía el filósofo que cuanto más conocía a los hombres, más le gustaba su perro. Me pregunto si el filósofo conocía a mi amigo "Flaco", un ciudadano de la ciudad de Los Ángeles que camina a cuatro patas y ha sustituido la metafísica por las galletas. "Flaco" es un britney spaniel, técnicamente un perro de caza, pero lo único que yo le he visto cazar son pedazos de pollo precocinados. Hace días que cuido de él mientras sus dueños están de viaje. Nos conocemos desde hace años. Suele sentarse a mis pies mientras escribo y me mira de reojo. Ayer lo llevé a que le diesen un baño en un spa canino de Ventura Boulevard y por poco se muere del susto. Temblaba como si le llevase al matadero, que probablemente era lo que temía que estuviese haciendo, porque su antiguo veterinario tenía la consulta en el mismo vecindario.



Una vez comprobó que la amenaza en ciernes se limitaba a jabón, agua y cepillos, se tranquilizó, pero sólo un poco. Cuando lo recogí un rato después se abalanzó sobre mí con la euforia de los que han sobrevivido a un desastre natural. Tuve unas palabras con él sobre la necesidad de adoptar una óptica menos tremendista sobre los

peligros del mundo, pero no le convencí. "Flaco" se asusta hasta de las moscas. El otro día íbamos de paseo y al avistar un cuarteto de cuervos en un jardín se quedó petrificado. Vale decir que los cuervos en Los Ángeles tienen una musculatura y una planta que ya hubiera querido nuestro gobernador Schwarzenegger en sus tiempos de gloria anabolizante, pero todo tiene su

límite. Tuve que espantar a aquellos cuervos, que hubiesen hecho las delicias de Edgar Allan Poe, antes de proseguir el camino.

Cada noche damos un largo paseo y al volver a casa "Flaco" me mira esperando que, como antaño, le haga una cena de gourmet. A veces creo que "Flaco" cree que soy un chef de postín, porque el año pasado le cociné algunos platos de pasta orgánica con tofu que le convencieron de que el camino del nirvana empezaba en el plato que tiene junto a la nevera. Lamentablemente, este año, que será el once para él, su salud ha caído en picado, y el veterinario le tiene en una dieta estricta. El pobre se ha quedado completamente sordo y, en los meses que no nos hemos visto, ha pegado un bajón de esos que pegan las personas y que asusta. El año pasado bastaba con que pronunciasse la palabra "cookie" en un radio de cuarenta metros de "Flaco" para que se plantase a mis pies con ojos como platos a la velocidad de la luz. Ahora me mira a los ojos y le pregunto si quiere una "cookie" y apenas sabe lo que le estoy diciendo, aunque siempre está contento de verme y espera que algo bueno vaya a suceder sencillamente porque me ve entrar en una habitación y decirle hola. Tengo la sospecha de que mi amigo "Flaco" no vivirá mucho y no sé si el verano que viene podré cuidar de nuevo de él. A veces parece que las criaturas que más alegran este planeta apenas tienen tiempo de vivir, y que los hijos de perra, que nunca son perros, no se mueren nunca. "Flaco" me mira y asiente. Cuanto más le conozco, más me gusta el mundo. ☉

**Cada noche,
al volver a casa,
"Flaco" espera
que le haga una
cena de gourmet**

